

## 1. Fuífí

Lo primero que escuchó fue su nombre.  
*¡Fuifí! ¡Fuifí!*

Un silbido largo y uno corto.

Todo era azul, y el agua la mecía. Desde arriba llegaba la luz, pero, si miraba hacia abajo, había un enorme, terrible precipicio negro. Se puso a temblar.

Su madre silbó de nuevo.

*Fuífí, no tengas miedo. Estoy junto a ti.*

Entonces dejó de mirar aquella oscuridad. Ver a su madre la llenó de emoción. Era la orca más hermosa que había visto nunca. Claro, que era la primera orca que veía en su vida, pues acababa

de nacer. Su madre la observaba sonriente. A Fuiñí le pareció tan grande, tan brillante, con la aleta dorsal tan tiesa y aquellos círculos sobre los ojos tan blancos, que se quedó impresionada. Las manchas de Fuiñí eran todavía amarillentas. Con dos coletazos, la pequeña orca consiguió acercarse a su madre. Así, con aquel enorme cuerpo rozando el suyo, el miedo desaparecía.

Las dos orcas nadaron muy juntas. A Fuiñí le pareció fácil. Había que mover arriba y abajo la cola. Arriba y abajo, así. Con la aleta que tenía en el lomo, podía evitar irse de lado a lado.

«Y estas pequeñas aletas que tengo debajo de la cabeza, ¿para qué serán?», se preguntó. Fuiñí empezó a moverlas y se puso a girar. Giraba y giraba, era muy divertido. Entonces comenzó a marearse.

Todo daba vueltas, el agua se revolvía y no veía a su madre. Fufí se asustó. Se asustó tanto que movió más las aletas, y no paraba de girar.

*¡Fufí!*, gritó, porque era el único sonido que había aprendido.

Entonces, detrás del remolino de agua, apareció su madre, imponente. Siempre que la veía sentía la misma emoción. Con su hocico, le dio unos golpecitos y consiguió detenerla. Volvieron a nadar muy juntas. Con ella cerca, todo era fácil. Fufí rozaba con su aleta el costado de su madre y se sentía segura.

Hasta que escuchó los ruidos.

Venían de todos lados: silbidos, chasquidos, chirridos. Eran muchos. Unos, agudos y largos; otros, cortos y repetitivos. Menudo alboroto. Ella no entendía todavía nada, pero escuchaba su nombre.

### *Fuífí. Fuífí.*

Y en medio de esas aguas azules, las vio. Tan grandes que se asustó un poco. Además, comenzaba a sentir una sensación de ahogo, como si aquel mar que las mecía la presionara por dentro. Entonces su madre la llevó hacia la luz y respiró una enorme bocanada de aire por su espiráculo. Allí afuera todo era distinto. Había viento y gaviotas, y dos hileras de tierra hacia ambos lados del mar. Después, volvieron a hundirse.

*Eso luminoso de allá arriba es el cielo,* le explicó su madre.

Y le habló de las gaviotas y de la costa, y del estrecho en el que vivían.

Fuífí estaba nerviosa y excitada, viéndolo todo por primera vez.

Aquellas orcas tan grandes y ruidosas que las rodeaban se acercaron lentamente

a inspeccionarla. Lo hacían con mucha delicadeza. Ella contemplaba impresionada sus enormes aletas dorsales, sus bocas llenas de dientes, y sus lenguas rosadas y gordas. Entonces, entre todas ellas, se abrió paso una más grande y vieja, con algunas cicatrices y los ojos pequeños e inteligentes. Fuífí se arrimó más a su madre, intimidada. Aquella orca dio una vuelta a su alrededor y la acarició con una de las aletas delanteras.

*¡Bienvenida a la familia, Fuífí!*, silbó la vieja orca.

Y Fuífí se sintió bien. Muy bien.

Supo que, estando ella, no les pasaría nada.

Era la Gran Abuela.



